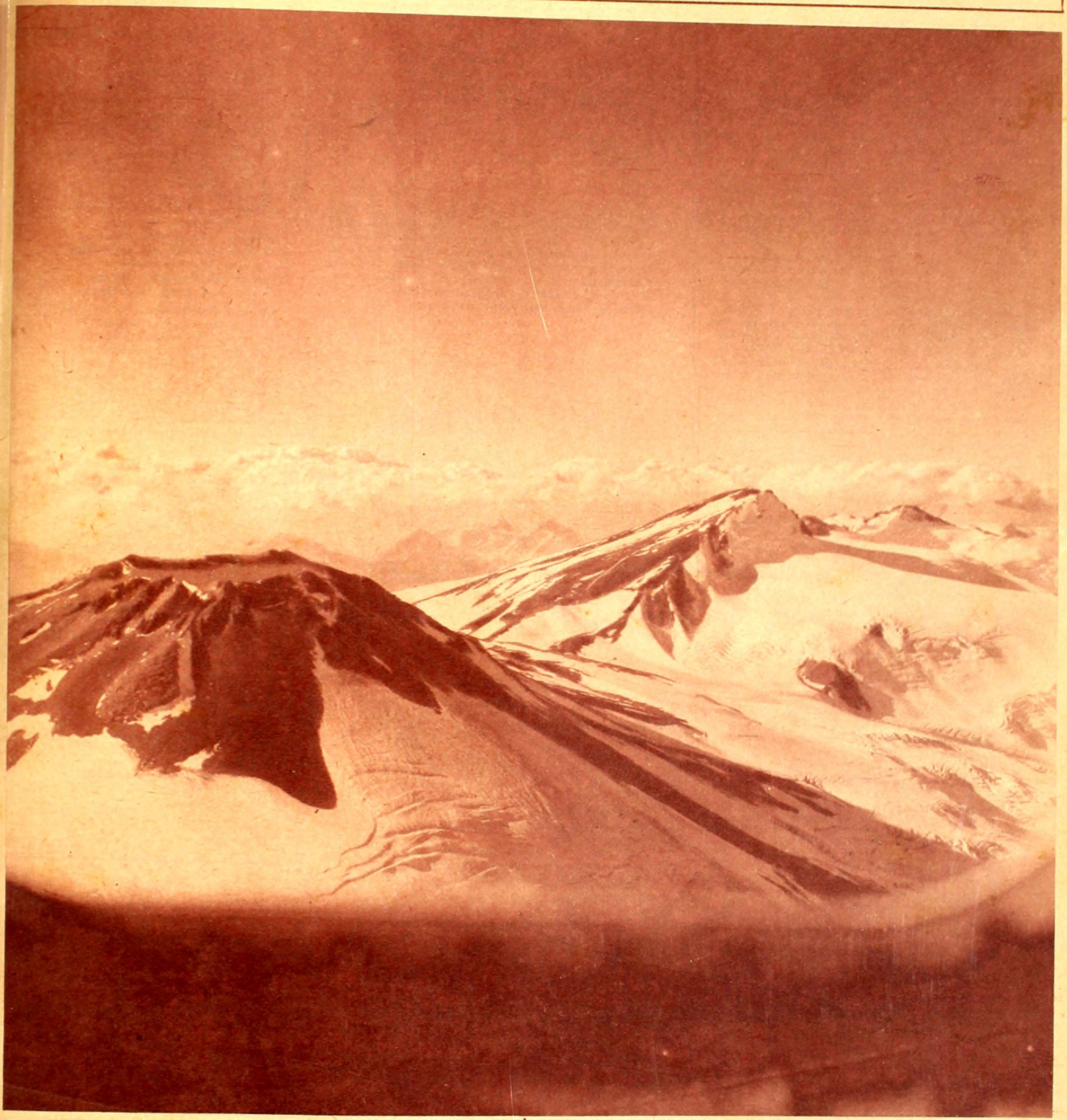
Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

EL DIA

AÑO XXXVII — Nº 1.837
Montevideo,
11 de Agosto de 1968



(Foto CARUSO)

Vista aérea de la Cordillera de los Andes

—La avasallante mole andina, que vertebra de Norte a Sur a nuestra América, es un verdadero pedestal para que el símbolo de Ariel, amparando a los pueblos del continente, pueda abrir sus alas sobre una inmensa patria común que sea —con palabras de Rodó— "hospitalaria para las cosas del espíritu".

El mundo en el LIBRO

por Wriothesley

◆ **Nuestra América, exaltada en sus escritores, tiene desde el origen una misteriosa vibración cósmica, que todavía alienta en su gran pasado indígena, o en su dulce y violenta edad romántica, tejida de idilios y revoluciones. A esa América, cuya temática motiva el presente númerc del Suplemento Dominical, dedicamos los fragmentos poéticos aquí reunidos.**

MADRE AMERICA

(fragmento)

"¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oir, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! ¡Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos de Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleados sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y, al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿A dónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola."

José Martí

OFRENDA A ESPAÑA

(fragmento)

Y así América dice:
—¡Oh madre España!
Toma mi vida entera;
que yo te he dado el Sol de mi montaña
y tú me has dado el Sol de tu bandera.
Hay en mis venas el arranque hispano;
y no es hispano el que el amor concluya:
¡tuya fui, tuya soy!
No piensa en vano;
que hasta la lengua en que lo dice es tuya.
No en vano aun la lengua castellana
presta la pompa de su augusto traje
para cubrir la desnudez indiana...

José Santos Chocano

POEMA AMERICANO

(fragmento)

Traigo pasión de viento andino,
un gran amor de cordillera,
la honda ternura de lo humilde
que vuelve grande a nuestra América.

Allá en la tierra de los cóndores,
sueño del sueño de los siglos,
dioses de niebla rondan graves
el solitario feudo antiguo.
O entre las selvas donde acechan
miedo, misterio, muerte, enigma,
o en los volcanes con el pecho
rugidor del incendio en brasa viva,
o en los ríos vehementes que se tiran
en un suicidio de cristales rotos,
estaba en cielo y tierra el signo
de la pujanza indómita de América.

¿Era en el mar o era en la arena
la huella leve y fugitiva?
La mujer nómada no sabe
si era el regreso o la partida,
si andaba sendas ignoradas
o si eran ya las conocidas,
y había mucho de reencuentro
en cuanta ruta descubría.

Enamorada de los Andes,
novia sin tiempo se ha elegido.

. . . .

Con un puñado de misterios
bien apretados en la sangre,
volví a mirarme el rostro, y eran
otros los ojos para ver el cielo,
y otro silencio sin nacer adentro,
y la grandeza áspera y violenta
viva y ardiendo en el paisaje eterno.
¡Y no era mi rostro ya, que era
únicamente el rostro de mi América!

Dora Isella Russell

PRELUDIO INDIANO

(fragmento)

Alto azul ilusorio de la tierra
atravieso.
La hélice crea el tiempo.
En el latir mecánico,
agonizan distancias
con cóndores ciegos.

Los nombres aprendidos
en los mapas borrosos de la infancia,
los nombres fabulosos
en la orilla lejana de mi ser olvidados
recobran su presencia, su verdad, su sonido.
Toco la inmensidad del Amazonas.

Sustanciales de tierra,
en la cima del aire
suben como vapores de sales, de aromas, de reposos...
América se extiende,
se derrama en sus ríos,
arde en el plasma vegetal de su delirio.
A veces es un bosque apretado de sombras,
a veces una ola de luz y de silencio,
a veces cordilleras de eternidad segura.

. . . .

Ser tuya, de tu tierra,
y siéndolo
no serlo.
¿Cómo sostengo el alba de esta fuente?
Desciendo de una luna occidenatl
cansada,
al racimo calcáreo de la raza
arraigado en la piedra y en el hueso
de tus siglos.
Si mi cuerpo transita tu follaje,
ebrio de sol, de libertad, de cielo,
mi cabeza nocturna se reclina
a la fábula antigua
de otros dioses.

Clara Silva

SOL DEL TROPICO

(fragmento)

Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano,
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y en el que viejos aimaráes
como el ámbar fueron quemados.
Faisán rojo cuando levantas
y cuando medias, faisán blanco,
sol pintador y tatuador
de casta de hombre y de leopardo.
Sol de montañas y de valles,
de los abismos y los llanos,
Rafael de las marchas nuestras,
lebrel de oro de nuestros pasos,
por toda tierra y todo mar
santo y seña de mis hermanos.
Si nos perdemos que nos busquen
en unos limos abrasados,
donde existe el árbol del pan
y padece el árbol del bálsamo.

Sol del Cuzco, blanco en la puna,
Sol de México canto dorado,
canto rodado sobre el Mayab,
maíz de fuego no comulgado
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido,
siempre herido, nunca cazado...

Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,
astro ardiendo de grey ardiendo,
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni nos funde,
que no devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados...

. . . .

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos
De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo;
de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entramos rectamente
según dijeron Incas Magos.

¡Como racimos del lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado!

Gabriela Mistral

A ROOSEVELT

(fragmento)

Mas la América nuestra que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,
cuyo nombre nos viene resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas", esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.

Rubén Darío

Problemas de esta hora

La Unidad Latinoamericana

EL ideal unitivo de los pueblos de América, sobre todo de los semejantes por su origen ibérico, tiene la antigüedad de nuestra historia. Y como tema es el más difundido, pormenorizado y permanente. De ahí que, no obstante su vulgarización, lo consideremos el principal en el catálogo de los deberes internacionales.

En la brevedad de una síntesis interesa persistir en los mayores motivos que nos unen, o nos separan. Desde ya afirmamos que cuanto nos aleja es mil veces menos grave que lo que dividió por siglos a las grandes naciones de nuestra cultura, que hoy afianzan las normas de la reconciliación política y los acuerdos económicos.

*

Simplificar la cuestión a la unidad latinoamericana no es eludir el problema continental, sino favorecerlo hacia las correcciones debidas, desde que mientras el pueblo del Brasil se aproxima siempre más a Hispanoamérica, Canadá. aún remoto y no suficientemente popular del Río Bravo abajo, mira hacia Europa y los Estados Unidos del Norte; y éste, a su vez, se compromete y dispersa más y más lejos del Nuevo Mundo, en contingencias que no podemos regir, ni siquiera acompasar. En cuanto al resto, si nos une por lo hondo la raíz indígena e ibérica, también nos vivifica desde la altura el concierto solar del procerato. Martí y Morazán, Artigas y Río Branco, Bolívar y San Martín... Ellos quisieron mantener, con la autonomía del solar nativo, la conjunción natural de las regiones; y, por sobre éstas, la comunidad americana. Y nuestros estadistas, sociólogos, literatos y educadores ejemplares se sintieron los albaceas, y aún los apóstoles de ese grandioso legado confederativo. Pero la causa libertadora tenía y tiene el otro cabo de su impulso, la reacción anárquica y separatista de la ardorosa entraña generatriz. Y así fueron los caudillos locales, los políticos e historiadores de limitada visión, quienes desplumaron el ideal, dividieron el patrimonio en parcialidades y favorecieron ayer, como sin quererlo benefician las estrategias foráneas cuyo lema es "dividir para reinar"; que si ayudaron a expulsar el coloniaje materno fue para que se instalara una persistente tutoría financiera e industrial en todos nuestros países. A ella le debemos las armas de nuestras guerras entre hermanos, que contradicen el mandamiento de los libertadores, sostienen la rivalidad de hecho sobre los congresos de propósitos, retarda la promoción efectiva por el desvío de los recursos, y posterga, en fin, la segunda y real independencia: de la servidumbre externa y del complejo de inferioridad interior.

*

Háganse propicios todos los medios de difusión para enaltecer el nacionalismo fecundo y reprobar el negador. La consigna es sustituir el lema divergente y antifraternal por el más cooperativo y sabio hasta por viejo: "La unión crea la fuerza". Esto reza especialmente para los hispanoamericanos, desde que los de origen inglés y portugués no sólo se estrecharon en Estados Unidos de América, allá, y del Brasil aquí, sino que la vocación imperial de sus estirpes fue aplicada en desmedro de los llamados por Altamira "los Estados Desunidos de América Española".

Si el signo de la frontera tiende a no ser de repulsión para las viejas culturas europeas, que de agresivas transcurren a concordantes, ¿no es más propia y natural la conjunción de Latinoamérica? Y si aquellas procuran constituir unidades salvadoras, no obstante ser "superdesarrolladas", ¿no abruma en nuestras conciencias el deber de evadirnos de la insostenible y deprimente calificación de "subdesarrollados", que por nuestras culpas, y sobre todo por nuestra desunión efectiva. se nos da?

Hemos sido hasta hoy, aunque separadamente, el arsenal de las materias básicas de la alimentación humana e industrial de las naciones poderosas. ¿Qué no podríamos lograr, para nuestro bien y el de ellas, por el sortilegio de la acción conjunta? Se dirá que los experimentos y aún las instituciones de los mercados comunes no nos han dado los frutos que prometieron. Mas, para alcanzar objetivos no basta con poner obras en marcha, sino sostenerlas con aliento cooperario y superante, reprimiendo todo interés individual y competidor.

*

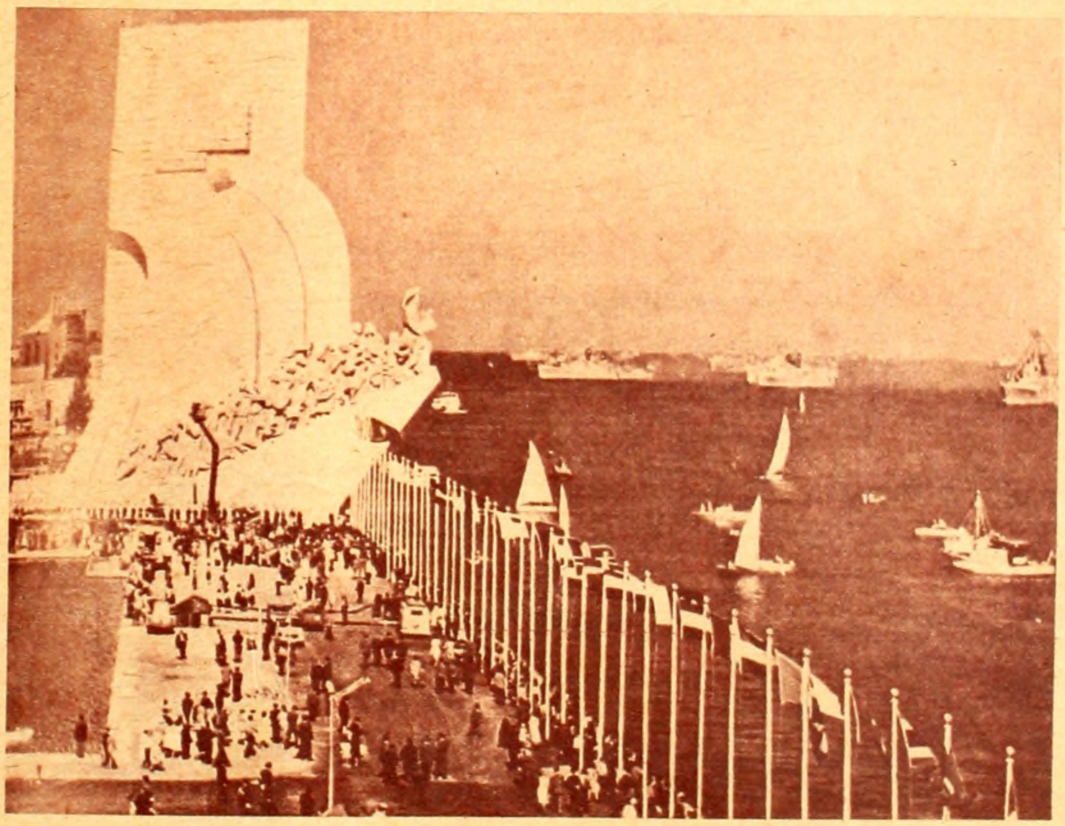
No ignoramos que en la propia hermandad de Hispanoamérica se mantienen abiertos como llagas, litigios de fronteras. Pero lo que ya es historia no puede invalidar el porvenir. Es deseable no impulsar soluciones que conducen a mil veces peores males que los que se anhelan corregir. Y a no comprometer el mañana de los hijos con herencias de culpas y rencores. No es querer lo imposible confiar en que de uno y otro lados se adelanten estadistas de genio capaces de ganar en paz la victoria común en un término medio que suele equilibrar además de los intereses, los valores en pugna. América reclama una nueva generación de amigos, donde se supla ese grandor, hoy de tierra vací ao inculta, en grandeza grandor, hoy de tierra vacía o inculta, en grandeza la madre nutricia de todos.

*

Es precisamente en esta hora del mundo, espiritual y materialmente crítica, cuando insistimos en afirmar que en la esencia de nuestra historia, y no en los accidentes, está la clave de nuestra salvación, que es la unidad. Y la disyuntiva entre el caos y el concierto no es el exclusivo problema de América, sino del género humano, desde que las enormes fuerzas que hoy se pueden esgrimir tan destructivas en lo bélico como desquiciadoras en lo social, exigen, más que aconsejan, la conciliación de los opuestos, la armonía de los semejantes y la unión de los hermanos.

Edgardo Ubaldo Genta

(Especial para EL DIA)



Monumento a los Descubridores (Lisboa)

En vísperas del bicentenario de Alejandro de Humboldt

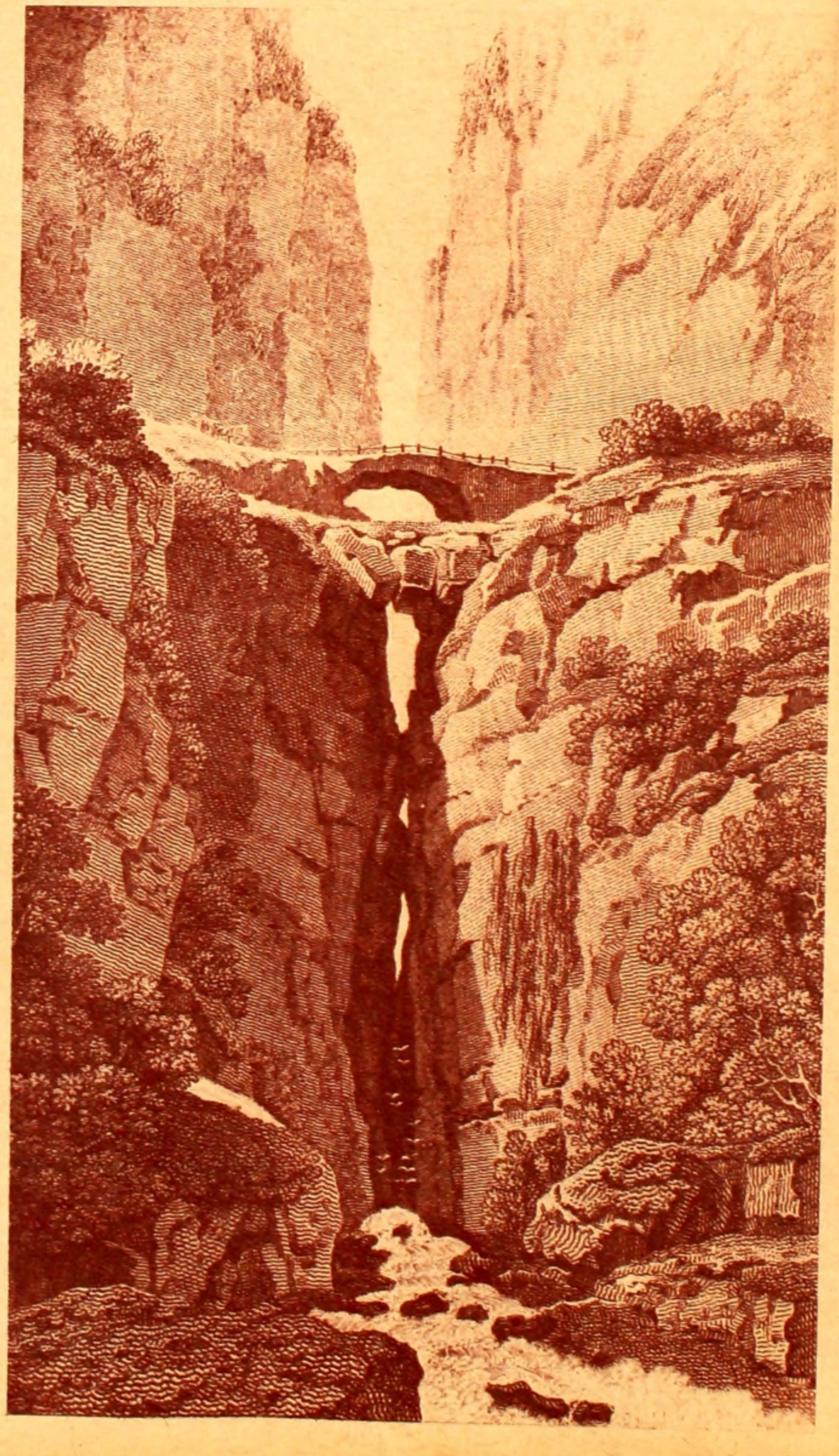


HUMBOLDT en América

EN la historia cultural del continente, Alejandro de Humboldt aparece como un segundo descubridor de América. Porque a él cabe el mérito eminente de la indagación científica, del adentramiento por tierras inexploradas en busca de los secretos de la botánica y de la zoología, de los minerales y los ríos, de los volcanes y los hombres, del paisaje todo, bravío y virgen, del Nuevo Mundo. Causando asombro cómo pudo comprender y compenetrarse un aristócrata europeo —nutrido en las fuentes del Enciclopedismo, hijo de la "Diosa Razón", formado en viejas y escogidas universidades, y hablando un idioma espiritualmente distinto del bárbaro e insólito de nuestras selvas americanas— de la avasallante realidad telúrica de la Naturaleza que le salió al paso en las tierras desconocidas de allende el Atlántico.

Van a cumplirse doscientos años, el próximo 14 de setiembre de 1969, del nacimiento del sabio alemán a quien adeudamos la incorporación de lo americano al bagaje científico universal. Desde temprano el amor por la ciencia y la pasión de los viajes fue estimulado en sus pupilos por Christian Kunth, eminente preceptor de Alejandro y su hermano Guillermo, huérfanos de padre desde 1779. Colegios distinguidos, grandes universidades, un medio familiar propicio, por la fortuna y la posición social, facilitaron la carrera de ambos adolescentes, superiormente dotados para las disciplinas de la inteligencia. Mientras la madre vivió, Alejandro se plegó a sus deseos, ingresando en el Departamento de Minas y Metalurgia de Prusia, donde pronto asumió elevadas responsabilidades. Pero la Botásica era su verdadera y apasionada inclinación. Al morir aquélla en 1796, y dueño de considerables recursos, el joven inició el verdadero camino de su vocación, resolviendo efectuar su acariciado sueño, el viaje a las Indias Occidentales. Intuyendo, acaso, la trascendencia que éste tendría, lo preparó con verdadero método, sin descuidar detalle, procurando equipos y ampliando sus conocimientos para la gran aventura. **"Me prepararé durante algunos años** —escribe— **y me proveeré de instrumentos; pasaré en Italia año y medio para conocer bien los volcanes** (si bien no pudo hacerlo, a causa de las campañas napoleónicas); **después a París e Inglaterra, donde estaré quizá un año (pues no quiero frustrar con prisas una buena preparación)** (pero estuvo a punto de hacerlo apurando su partida para unirse a unos médicos daneses que iban hacia las Islas Vírgenes); **y, finalmente, en un navío inglés** (tampoco lo hizo, sino en el "Pizarro", español) **embarcaré para las Indias Occidentales".**

Así como no pudo cumplir puntualmente con su programa, en cambio aprovechó bien el tiempo, pues





Vue du Chimborazo et du Carguairazo.

estuvo en el jardín botánico de Schönbrunn, en Viena, para familiarizarse con las especies vegetales americanas que allí tenían, y en París, donde ha estado a punto de embarcarse con la frustrada expedición al Pacífico del capitán Baudin. De ese proyecto fracasado, sacó como resultado positivo, una firme amistad con Bonpland, desde ese momento incorporado al memorable viaje de Humboldt a las regiones equinocciales de América. Y será España —la misma España que auspició el viaje del Descubridor— la que secunde maravillosamente los planes de Humboldt.

Munidos por Carlos IV de documentación, recomendaciones, cartas del Consejo de Indias respaldando a los viajeros y poniéndolos bajo la salvaguardia española en todas sus futuras andanzas, Humboldt y Bonpland partieron de La Coruña el 5 de junio de 1799, llegando mes y medio más tarde, el 16 de julio, al puerto de Cumaná.

Por allí entró en nuestro continente el aristócrata europeo que desde la adolescencia soñaba con explorar las tierras americanas, ante las cuales demostró una capacidad de comprensión poco frecuente en un hombre oriundo de un medio mentalmente distinto del que halló en el Nuevo Mundo. El joven científico alemán que a él arriba, viene predispuesto para dejarse seducir por la magnífica y avasallante realidad desconocida. Todo será motivo de interés, observación y deleite. Es un contemplador, un investigador, el que llega, pero también hay en su corazón lugar para el deslumbramiento. América le conquista decididamente. Recorre lugares de acceso difícil, peligroso. Escala montañas, se fatiga por laderas escarpadas y resbaladizas, vacila ante ciénagas traidoras, se detiene frente a extrañas especies vegetales o animales nunca vistos; padece el frío, la humedad, los calores del trópico; pero cataloga, colecciona, anota, mira, mide las temperaturas, compara los azules de las aguas según su profundidad, estudia el magnetismo de los fenómenos eléctricos, establece la periodicidad de las corrientes marítimas, el grado de intensidad de los vientos, el ciclo de las lluvias; dibuja del natural hombres, paisajes, especies fito y zoomórficas, antiguos monumentos precolombinos; copia fragmentos de viejos códices. Nada escapa a su avidez de conocedor, y todo lo relata en un castellano fluido, elegante, perfecto, a ratos hasta poético, que resulta inesperado en la proverbial aridez de la prosa científica. El y Bonpland, incansables, recorren las comarcas meridionales de América, y el aporte de observaciones hechas sobre el lugar, es un verdadero redescubrimiento, de proyecciones trascendentes, pues a la luz de las obras que Humboldt edita, a su regreso, en París, el mundo americano comienza a conocerse de otro modo y adquiere otra dimensión en el concepto de las gentes cultivadas de Europa.

Pero también en América la influencia de Humboldt fue grande y significativa. El captó perfectamente el espíritu de los americanos, y lo aprobó, en el momento en que se gestaba en ellos la necesidad de mancipars de la tutela española, y sin que por ello su deuda moral con España, que facilitó tan generosamente su viaje, se viese menguada por su solidaridad con los ideales liberales de los patriotas del Nuevo Mundo. En cierto modo, él contribuyó a esos ideales, al ampliar el horizonte del conocimiento científico, fomentando una conciencia política de americanidad a través de sus libros, sus cartas, los contactos personales que mantuvo con figuras eminentes de la época. Dícese que su pensamiento influyó muy particularmente en Bolívar, que le profesaba especial consideración. A propósito de la significación del eminente alemán y sus huellas en la cultura americana, escribió Henri Lehman en 1965:

"El término del siglo XVIII trajo consigo una renovación de interés por las civilizaciones de América, y esta vez no por sus formas externas, sino por su contenido. Quien dio el impulso necesario para que ello ocurriera fue Alejandro Humboldt, científico universal, naturalista y viajero infatigable. En el curso de un largo periplo americano que tuvo su punto culminante en México, Humboldt vio esculturas, estampas iluminadas y otros testimonios de tiempos remotos, y su espíritu científico lo orientó hacia la observación analítica de estos vestigios. Con él comenzó el estudio sistemático de los manuscritos mexicanos, del calendario y del simbolismo aztecas. El americanismo se transformó en una ciencia que contó con una cantidad siempre creciente de adeptos".

*

Cuando volvió de su gran viaje indiano, con Bonpland y el joven Carlos Montúfar, que se unió a ellos cuando emprendieron el recorrido del Amazonas, y no se separó ya, conoció Humboldt todo el halago del triunfo, ora en París, residencia favorita, o en Viena, o en Berlín, donde se radicó los últimos años de su vida. Dondequiera fuese, le respaldaba el inmenso prestigio de sus viajes y sus libros, y recorrió Europa en medio del favor y la pleitesía de los monarcas, hasta su muerte, nonagenario, el 6 de mayo de 1859, solemnemente subrayada por los honores fúnebres sin precedentes que decretó el príncipe regente alemán.

Al conmemorarse universalmente, el año próximo, el bicentenario del nacimiento de Alejandro de Humboldt, y Alemania rinda homenaje a la memoria de su hijo ilustre, corresponde que todo país de nuestro continente se asocie a esa recordación, porque es deuda colectiva la que se ha contraído para siempre con quien ha sido llamado, con plena justicia, el primer americanista de los tiempos modernos.

Dora Isella Russell
(Especial para EL DIA)



Passage du Quindiu, dans la Cordillère des Andes



Pont de Cordages de Penipe.

Los albores de la música Colonial Americana

EL continente americano, con su exhuberancia física, con sus hombres primitivos, con sus vibrantes civilizaciones hechas de luz, color y sonido, fue apresado despiadadamente por el conquistador europeo que sólo vió en ese suelo una fuente inagotable de riquezas materiales. Así, la América india sucumbió y con ella milenarias y riquísimas culturas precolombinas con un vasto conglomerado de arte, hecho entre otras cosas, de un lenguaje musical que participaba activamente en la vida y costumbres de sus hombres. Y parte de la negativa labor de ese poderoso brazo destructor fue acallar fiestas, ritos y ceremonias donde el canto, la danza, la pantomima y la mascarada tenían una total preponderancia

Pasaron los siglos y con ellos la devastadora secuela de las luchas guerreras; vino la conquista pacífica y otra vez, poco a poco, aunque de manera muy distinta, se oyó música en el nuevo mundo. Aunque, lógicamente, la fuerza telúrica del continente nunca acalló su voz, que se mantuvo siempre latente y contenida.

Son los momentos en que América Latina recibe una importante corriente religiosa que había tenido su punto de partida en los dos reinos de la península ibérica: España y Portugal. Fueron entonces, sacrificados misioneros, verdaderos apóstoles de la cultura europea, quienes trajeron la práctica de la liturgia de la iglesia y un medio válido de propagar esa doctrina de fe monoteísta en el nativo fue, justamente, la música de esa Iglesia.

La alta polifonía renacentista imperante en ese siglo en Europa muy poco o nada podía hacer sobre quienes tenían culturas tan opuestas. En cambio los villancicos, las salves, los sencillos himnos conquistaron poco a poco esas almas tan sensibles. Muchos cantaron esa música asociándola íntimamente todavía a sus propios ritos y creencias y aún hoy algunas ceremonias religiosas de América no han perdido su colorido indígena. Por otro lado, el canto, sea cual fuere, era una forma libre de expresión y comunicación aun para hombres dominados.

Núcleos culturales nuevos fueron arraigando y progresando, y en relativamente poco tiempo a los músicos llegados de Europa se sumaron los discípulos nacidos ya en estas tierras. También así los cantos simples de los templos y las procesiones se fueron enriqueciendo con una música ya más elaborada y no estrictamente funcional, sino con un determinado valor estético.
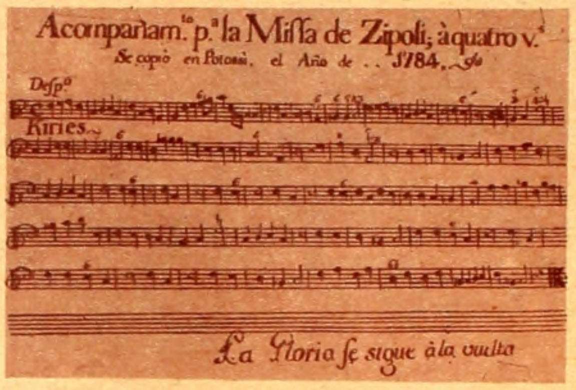
Las grandes y primitivas catedrales de América fueron el centro de la incipiente vida musical. Mientras que muchos de los primeros compositores religiosos fueron europeos, poco a poco los nativos alcanzaron lugares de preponderancia, ya de organistas, ya de maestros de capilla.

Se tiene la noticia que en 1523 un monje flamenco Fray Pedro de Gante estableció una "escuela de música" en Texcoco. En tanto el año de 1556 se supone que marca una fecha de gran trascendencia en la historia musical de México, por haber aparecido una edición, que además sería también la primera en América: se trata de un Ordinario de la Misa. Durante el coloniaje la enseñanza musical no sólo se concretó a la Catedral de México sino que se extendió asimismo al llamado "Colegio de infantes", al Convento de San Miguel de Bethlehem, a la escuela de Veracruz y al coro de la Catedral de Puebla. Durante los siglos XVI y XVIII se descuellan, en particular, tres compositores: Hernando Franco, Fructus del Castillo y Manuel Zumaya.

La música de la Venezuela colonial se remonta casi a la fecha de fundación de su capital. Pero recién en el año 1640 se organizó e inauguró la primera escuela de canto llano y veinte años después se cree que debido a su crecimiento musical, el cargo de Maestro de Capilla de la Catedral.

No obstante las primeras obras compuestas en Venezuela datan de la Misión de Piritu, muy lejana a la capital y fue Diego de los Ríos, un sacerdote que era un artista auténtico, compositor, ejecutante, pintor, constructor, el autor de una colección de motetes y villancicos.

Francisco Pérez Camacho es el primer compositor de renombre y asimismo catedrático musical al inaugurarse la Real y Pontificia Universidad de Caracas.



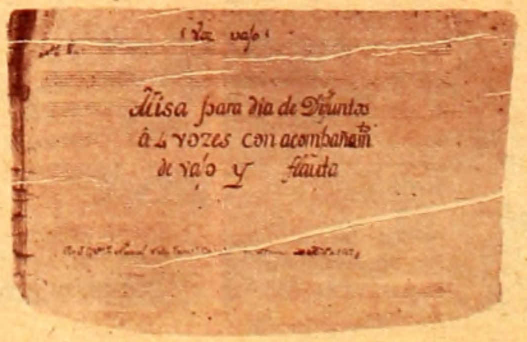
Primera página de la parte de "bajo continuo" de la Misa de Zípoli, existente en el Archivo Capitular del Cabildo Eclesiástico de Sucre, Bolivia

Ambrosio Carreño, José Antonio Caro de Boesi, Pedro Palacio y Sojo preceden la aparición en 1775 del insigne José Angel Lamas, autor de una memorable Misa en Re y del Popule Meus entre un considerable caudal de obras y que es, sin duda, una de las figuras más importantes de toda la música colonial de América. A él lo secundan músicos tales como Cayetano Carreño, abuelo de la célebre pianista; Juan Meserón y Juan José Landaeta, gran organizador de conciertos en los comienzos del siglo XIX.

A apenas cinco años de fundar Francisco Pizarro la Ciudad de los Reyes surge, en 1540, la tan ponderada Catedral de Lima que no sólo fue el centro de un intenso vivir artístico en el barroco, sino la depositaria de auténticas joyas musicales del coloniaje. Ya a fines de 1613 el Arzobispo de la Primada del Perú D. Bartolomé Lobo Guerrero promulgó unas Constituciones Sinodales destinadas al gobierno de la Capilla de Música de la Catedral.

Habiéndose adoptado casi desde los comienzos de la fundación la escuela veneciana del flamenco Willaert para el desarrollo de la música coral y siendo el primer maestro de capilla el fraile Miguel de Bobadilla, esta Catedral llegó a poseer obras europeas y limeñas de altísimo valor estético. De entre una cantidad muy considerable de compositores sobresale, primeramente, Tomás de Torrejón y Velasco autor de "La púrpura de la rosa", primera ópera escrita en América y gracias a quien conoció el Perú el estilo lírico de Lully; a este preclaro músico español sucede otro compatriota que figura como el autor de más antigüedad del Archivo del Arzobispado: Pedro de Montes de Oca y Grimaldo. Ambos y el italiano Roque Ceruti preparan el advenimiento de José de Orejón y Aparicio, el primer gran compositor nacido en el Perú, autor de cantidad de importantes obras de cuidada técnica y alto valor musical.

La llegada en forma casual en 1537 del músico español Juan Pérez Materano a Cartagena y su designación posterior como Chantre de la Catedral dio un impulso inusitado a la música en Nueva Granada. A este compositor a quien se comparó por sus conocimientos teóricos don Josquin des Pres sucedió el



Portada de la parte de "bajo" de la MISA PARA EL DIA DE DIFUNTOS de Ubeda. (Archivo Iglesia de San Francisco, Montevideo)

advenimiento de Gutierre Fernández Hidalgo, quien llegó a Bogotá en 1584. El conocimiento de la obra de este músico lo coloca al decir de Stevenson como "el más importante compositor de América del Sur en el siglo XVI". El único colombiano que alternó con Fernández Hidalgo fue el mestizo Gonzalo García Zorro que llegó, asimismo, a Sacristán Mayor y Maestro de Capilla de la Catedral. A ellos cabe agregar los nombres de los compositores: José de Cascante, Juan de Herrera y Casimiro de Lugo.

La vida musical colonial quiteña inaugurada a principios del 1500 por dos monjes flamencos y la construcción de un órgano de 600 tubos por un franciscano en 1638, que según se dice "era el órgano más suntuoso de todo el Virreinato" dan la pauta de cómo se inició este arte en lo que es hoy Ecuador. Del Convento de Quito surgió el más antiguo músico autóctono: el mestizo Diego Lobato, que llegó a ser una figura de gran preeminencia durante años. La labor de Lobato sólo fue superada por el traslado del ya citado Fernández Hidalgo y por la llegada de Manuel Blasco, un sacerdote jerónimo excepcional como organista y compositor y sin duda el más eminente en la historia de la música colonial quiteña.

La enseñanza musical en el Brasil iniciada oscuramente en el siglo XVI por los jesuítas Antonio Rodríguez y Antonio Díaz en la Fazenda de Santa Cruz, se mantuvo durante más de dos siglos. Desde allí y pasando por un número muy considerable de maestros del barroco cuya labor se desenvuelve alrededor de un mundo escultórico de piedra, abigarrado y exótico levantado en Minas Geraes, llegamos a la figura de André Gomes da Silva. Este músico portugués llegó a San Pablo en 1774 y fue una de sus grandes virtudes la de haber formado a su alrededor una generación de compositores de discreto oficio. Pero, es indudable, que la personalidad musical de alto vuelo de José Mauricio Nunes García, nacido en Río en 1767, es la de mayor trascendencia en su país y puede colocarse junto a los tres o cuatro grandes compositores coloniales de América. Sus obras, de esmerada factura, entre las que se cuenta un número considerable de misas, tienen actual vigencia y corroboran la calidad artística de su autor, de quien se dice, se carteaba con Haydn.

Todos estos tesoros del barroco musical se complementan con las obras existentes en las Cantorías de las Iglesias de Potosí y de Sucre, que junto a las de Bogotá y Lima deben su descubrimiento a Robert Stevenson. Como dato de gran interés debemos decir que acá, en Montevideo, se encuentran en la Sección Musicología del Museo Histórico Nacional cerca de veinte obras polifónicas provenientes del Convento de San Felipe Neri de Sucre.

La música argentina durante el primer período colonial se desenvuelve, al igual que toda su vida cultura, alrededor de la ciudad de Córdoba. Allí se sitúa un inteligente y bastante grande núcleo de sacerdotes jesuítas, muchos de los cuales hacen de la música su profesión. Pero hay una figura muy especial que sobresale como única dentro de ese mundo artístico. Se trata de Domenico Zipoli, el talentoso compositor italiano que llegó al Río de la Plata en 1717 y que fue autor, entre otras obras, de una Misa y de ponderadas Sonatas para clave y órgano, largamente estudiadas como verdaderos hallazgos por dos eminencias de la musicología: el estadounidense Robert Stevenson y nuestro compatriota Lauro Ayestarán.

Debe pasar más de medio siglo para que surja otra figura señera en la música del coloniaje: la de José Antonio Picasarri, quien desde la Catedral de Buenos Aires fue el maestro de toda la generación musical de la independencia. A su lado se forman, entre otros, Juan Pedro Esnaola, Amancio Alcorta y Juan Bautista Alberdi.

Montevideo no tuvo, durante el coloniaje, ni catedrales fastuosas ni los tesoros del barroco que otras ciudades de América, cabeza de Virreinato muchas de ellas, ostentaron a partir del siglo XVI. Un pasado muy cercano, prácticamente creado en el correr del siglo XVIII, sólo da capacidad para una vida musical de limitadas dimensiones.

No obstante, la llegada de Fray Manuel Ubeda en 1801 marca el advenimiento del músico que iba a componer la primer obra culta en el Uruguay. Ella es la "Misa para el día de difuntos", para cuatro voces con acompañamiento de bajo y flauta, escrita por este monje trinitario oriundo de Valencia y fechada en Montevideo en 1802.

Si bien en ningún momento puede compararse a los altos trabajos polifónicos de Lamas o de Nunes García, ella es un correcto trabajo artesanal y tiene un valor histórico tan señalado que, en este caso, está por encima del artístico.

El manuscrito original de esta primer obra de envergadura compuesta en el Uruguay, y consistente en 14 folios, se conserva en la actualidad en el archivo de la Iglesia de San Francisco de Montevideo.

Susana Salgado

Mis amados recuerdos

Gabriela y Alfonsina



Una foto histórica: de izq. a derecha, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou, juntas por única vez, durante los Cursos de Vacaciones realizados en Montevideo en enero de 1938. (Archivo de Dora Isella Russell).

GABRIELA MISTRAL

♦ Por dos veces estuvo en nuestra capital, Gabriela, la insigne andariega que tenía por entonces como secretaria a Connie Saleva, una dulce puertorriqueña. Era ardiente la expectativa de este pueblo uruguayo, que alguien tachó hace poco de inconscientemente excesivo en sus manifestaciones afectivas. Pero conocemos bien la fábula de la zorra y las uvas verdes. Se llenó el SODRE en la primera disertación de Gabriela sobre sus poetas chilenos vivos y muertos. Alta, maciza, con una hermosa voz monótona y grave, aparecía aplomada y un poco distante del público que deliraba por ella pero en torno suyo quedó el suelo cubierto de largos pelos de la piel de mono que formaba el cuello de su inconmensurable, inverosímil tapado de paño negro, lo que tal vez acusara una nerviosidad que sólo fue perceptible en ese detalle. A Gabriela había que verla en la intimidad para encontrarle su belleza y conocerle el carácter. Tendría entonces los primeros años de su recia cuarentena. Los ojos claros y hermosos, la tez bronceada y áspera, los dientes deslumbrantes la figura de campesina. De pronto hablaba interminablemente de cosas, de gente conocida suya, de persecuciones, hechicerías y fantasmas. De pronto, por largos ratos callaba obstinada, sumergida en recuerdos o meditaciones difíciles de adivinar. Poseía un buen gusto evidente y una crítica sonreída e irónica, certera como un pistoletazo. Nunca le vi caer en el pecado de vanidad, torpeza o autoalabanza. Quisiera alcanzar para este enfoque la gracia y atracción de su palabra, su acierto de juicio, su pasión para tratar lo que amaba. Gabriela conocía la magia del suspenso y se le escuchaba apasionadamente. Germán Arciniegas dice en su libro "América Mágica" que en sus últimos años había perdido esa facultad de encanto y que resultaba casi insufrible su largo divagar, su manía de enemistades y evocaciones interminables y entreveradas, hasta el punto que la esposa de Arciniegas, que la quería mucho, después de horas y horas de soportar el monólogo dramático de Gabriela le dijo una noche: "No me la traigas más a casa". "Me hace daño escucharla".

Es que ya estaba muy enferma, cubierta de gloria pero también de sufrimiento, desarraigada luchando con mil cosas que no se ven desde afuera, la muerte de cuantos había amado, y dos suicidios pesando sobre su alma y sus recuerdos. Pobre, pobre Gabriela la de los grandes homenajes y la admiración general pero sin un rosal suyo, sin un cariño fuerte de esos que dan la sangre común, la familia que se trae con uno al nacer.

¿Para qué hablar de su obra eterna? Hoy sólo quiero recordarla como aquel día de plenitud en que almorzó en mi casa con Connie y un grupo de gente uruguaya que le quería y acataba. Mi madre presidió la mesa, Gabriela parecía aún entera, pero ya estaba herida y vagabunda. Nunca habría de gustar el fruto del árbol que plantara, ni gozar de las flores de su jardín que cuidaba con tanto esmero. En su casa de California, la de su mayor tiempo de arraigo, cultivó árboles a los cuales les dio su parentezco en elección tierna, graciosa e irónica a la vez: a un ciprés (dato de Dora Isella Russell en el Suplemento Literario de EL DIA, 18 de mayo de 1962) le llamaba "mi marido"; a una acacia "mi madre"; a un grupo de coníferos "mis hermanos"; a otro, de cactus, "mis amigos". Pobre, anecdótica, incomprendida en su pozo de amor sin correspondencia, grande, alucinada, continental, gloriosa Gabriela! ¿Qué fiel familia de plantas silvestres le habrá nacido ahora alrededor de la tumba en el feraz y silencioso Valle del Elqui, en su Chile de sus constantes batallas y cariños? Prefiero recordarla como en aquel apacible día de mi casa, en que todos la vimos tranquila y risueña, tal vez, por unas pocas horas, feliz.

ALFONSINA STORNI

♦ Entre Alfonsina y yo no hubo nunca esa aproximación profunda que llega a ser una amistad del alma. Cuando la conocí, ella era ya desdichada, amarga y mordaz bajo su constante sonrisa y su buena salud rosada. Yo era aún muy feliz y casi inocente hasta la candidez más indefensa. Sus bromas, su ágil pensamiento, su fondo de mujer conocedora y desengañada de las gentes, me desconcertaban. No estaba entrenada en la esgrima de la palabra ágil y cáustica y creo que ella se alejó de mí con la seguridad de que era una muchacha sin ningún interés espiritual, demasiado amparada por una familia que me adoraba y que el verso no era en mí más que uno de esos caprichos misteriosos de la suerte, que suele convertir en instrumento de inesperadas resonancias a una caja hecha de madera común, sin el afinamiento de una selección que justifique su eco musical. "Sintiendo" ese juicio que creo no fue totalmente reservado, me escondí en mi misma como el caracol dentro de su casa inexpugnable. Y ya nuestros corazones no se encontraron jamás. Muchas veces volvió a visitarme pero siempre en medio de su cortejo de admiradores uruguayos, parlanchina, chispeante, sin un mensaje para mí en su mirada azul. Por contraste yo me volvía más extática y silenciosa. Ninguna de las dos nos adivinamos. Pero esto no fue nunca un obstáculo para que yo sintiese por su poesía una admiración sin reservas y una expectativa sin hiel. Hubiera deseado poseer su vigor y su sabiduría, sin darme cuenta de que para ello había tenido que entregar al mundo todo lo que constituía mi preciosa felicidad. La desventura la alejó de cuanto era entonces mi apacible universo. Era imposible que coincidiéramos en algo. Sin embargo, voz de millones de mujeres desoladas, me había conmovido. Pero no lo hice temiendo una de sus frases burlonas, pirueta dramática que no era; hoy lo entiendo, más que un disfraz de la emoción que le avergonzaba mostrar. No voy a comentar ahora, a modo de compensación tardía, la obra de Alfonsina, copiosa y de una belleza e interés humano que tiene hace ya mucho el acatamiento que merece. Sí, diré, la angustia que muchas veces me ha producido ese "j'accuse" de su verso mordiente, de su poema que gritará a hombres y mujeres indiferentes, la desolación de su alma, el dolor de su vida acidulada por tantas incomprensiones cuando su inmenso talento sobrepasaba muy por encima, la inteligencia de sus oscuros y circunstanciales críticos o detractores. Ahora ella está en la zona de la justicia verdadera y su nombre se encumbra día a día más, en el gran cielo de la poesía castellana.



Juana de Ibarbourou y doña Valentina Morales de Fernández, su madre, con Gabriela Mistral, en la visita de ésta a la casa de Juana, en enero de 1938. (Archivo de Dora Isella Russell)

La vi, por última vez en la Universidad de Montevideo, cuando en los cursos de vacaciones del año 1938, Eduardo de Salterain Herrera, entonces Director de Enseñanza Secundaria, reunió en un acto que se ha clasificado de clásico, de memorable, a las que entonces se llamaba ¡oh dioses!, "las tres Musas de América". Fuimos a hacer ante un público que era muchedumbre, la confidencia del advenimiento del verso a través de nuestra sensibilidad. Cada una se desempeñó como pudo en esa emergencia tan difícil. La recuerdo y Alfonsina, "chatilla y fea" como dijera de sí ella misma, muy roja de sol uruguayo y de los salinos vientos de la costa de Colonia, de donde vino expresamente para ese acto. Como siempre, reía y conversaba con su temible agudeza. Sin embargo, había escrito imperecederamente:

Yo soy la mujer triste
A quien Caronte ya mostró su remo.

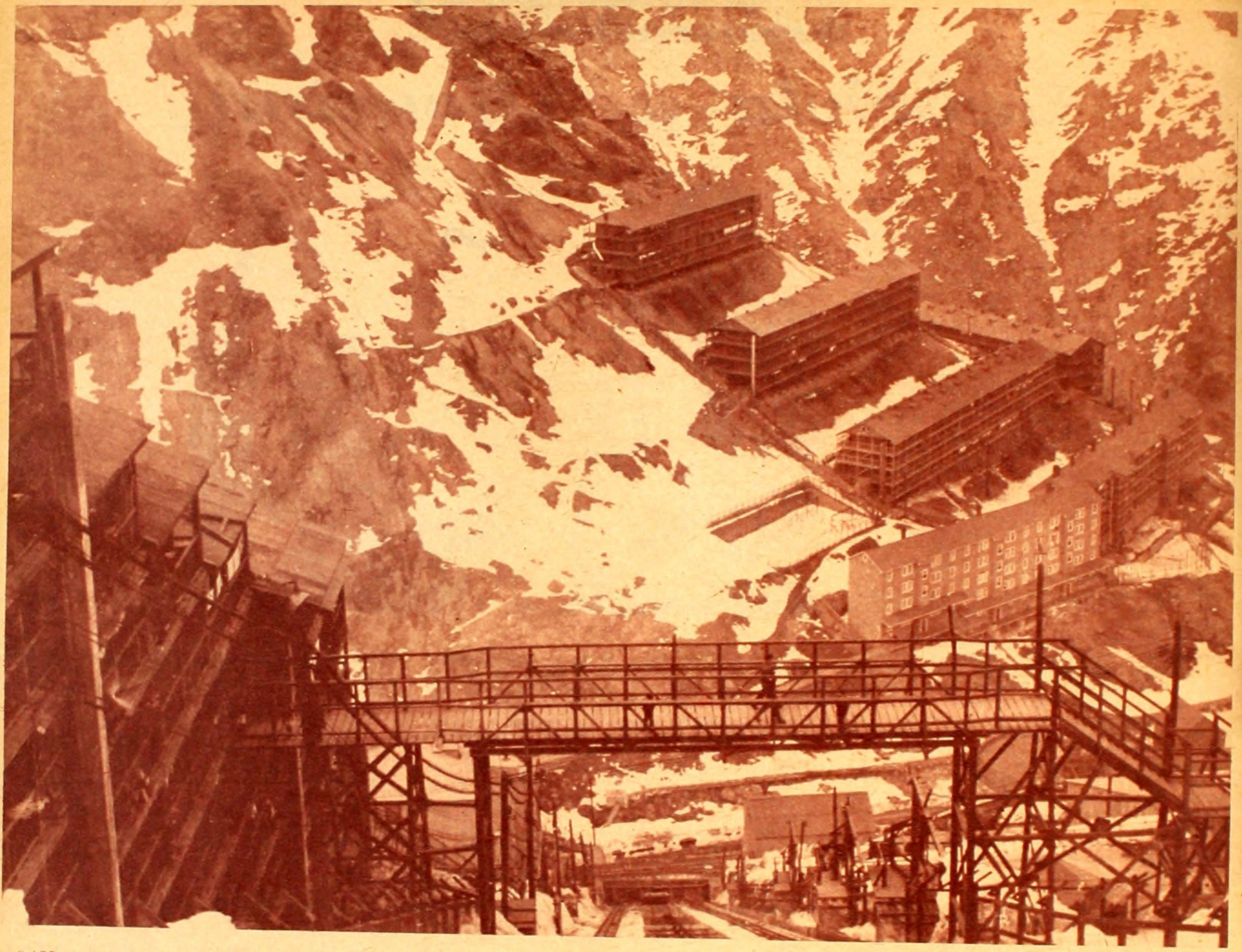
Y en verdad estaba herida de muerte. Todo en la vida "se le había dado a medias", y ya sabía también "que el arte de morir es cosa dura: se ensaya mucho y se aprende bien".

¡Ah si fuera posible adivinar el drama y el sufrimiento a través de la frente sellada de la criatura humana, con qué oportuna bondad le ayudaríamos a sobrellevarlos! Alfonsina fue voluntariamente al encuentro de la muerte, muy poco después. Queda, de aquel día de Montevideo, una fotografía en que estamos las tres: Gabriela, Alfonsina y yo, con la sonrisa que exige siempre el fotógrafo y que al fin nadie tiene el valor de negarle. Ahora "se ha ido" también Gabriela, y quedo yo, no sé por cuánto tiempo, con dos muertas ilustres suspendidas virtualmente del cuello, porque la crítica y el público lector de América nos ha soldado en un tríptico indisoluble. ¡Estremecedora y gloriosa compañía!

Con todo mi corazón les doy a las dos las rosas que aún puedo recoger en la vida. Y a Alfonsina especialmente, la menos afortunada tal vez como mujer, un sentimiento de hermandad que la compense del frío que debió acongojarla tanto tras su mueca de cristal roto y helado.

Juana de Ibarbourou

(Especial para EL DIA)



2.100 metros de altura, las casas de los mineros parecen colgadas de las montañas. (Minas de Cobre de El Teniente)

HACE más de veinte años que las circunstancias me permitieron —y mi voluntad logró— el directo acercamiento, la relación franca y abierta con una parte de la cordillera andina. Volví después, más adelante, a frecuentarla. Recorrí la zona entre Mendoza y Santiago por auto, por ferrocarril y en avión; la crucé, asimismo, desde Puerto Varas, en el Sur, hasta los lagos argentinos; me acerqué a sus dominios más aplacados en las cercanías de Puerto Ayssén. Y esa experiencia queda latente, en mi ánimo. Tengo noticias de que se han mejorado los caminos; que se ha incrementado el turismo por acondicionamiento de albergues y refugios y logrado mejores seguridades para el tránsito motriz; supongo que algo ha cambiado. Pero confío en que lo inatacable, el Ande como revulsivo orográfico impío, dominador y acuciante, se mantenga; porque no puede ocurrir de otro modo. Y esta historia de mis emociones puede no ser crónica antigua.

Mis lectores —algunos siguen estas notas con regularidad— saben muy bien de algunas de mis características como viajero. Conocen, por ejemplo, que me urge llegar a los lugares a donde me dirijo y suelo desdeñar la aventura del camino que se me antoja impedimento gratuito y distrayente torpe. Por otra parte, ya no se extrañan, supongo, que el centro de interés muy marcado de mis notas se sitúe en la antigüedad y lo moderno del Mediterráneo y Oriente Cercano y Medio; no gusto de dispersarme y tampoco me precio de especialista, pero sé que es imposible, seriamente, abarcar más áreas de conocimiento que las que se ha empezado, alguna vez, a situar y donde los estudios ya emprendidos con intensidad cuajan mejor y exigen complementación y rectificaciones. Por otra parte, difícilmente me refiero a lo que no conozco por mí mismo, ya que una larga confrontación de textos con las cosas a los que ellos se refieren me obliga a ser cauto y a descreer de la mayor parte de lo que otros afirman con letras de molde, aunque sean autoridades.

También he declarado varias veces qué poco me atrae el paisaje por sí; y que, cuando acontece la tremenda conmoción de su presencia individualizable, lo exalto apasionadamente. No tengo inclinación sensible hacia la naturaleza y sus accidentes; pero, no obstante, ella puede imponerse a todo, como aventura maravillosa. Entonces, no dudo en apearme de prejuicios inútiles y declaro abiertamente que me deslumbra el valle del Neckar, que la costa amalfitana está fuera de serie, que el desierto tiene una solemnidad sobrecogedora y que recorrer Grecia o la meseta anatolia, son las experiencias más ricas de cuantas puedan señalarse. Pues bien; mucho me temo que este desgano o poco interés con que recorro los ámbitos que transito, se lo debo a que mi gran iniciación viajera se dio con los Andes. Ellos me vacunaron del asombro. Después de tanta embriaguez, de ese trago fuerte ¿qué puede, dentro de sus características, impulsar a emociones memorables?

Puntualizo más; pues vale la pena. Soy uruguayo y me he habituado con cariño a esta tierra nuestra, sin violencias excesivas, sin graves alturas, sin valles excedidos. Los primeros chilenos que conocí siendo estudiante —durante un Congreso Interamericano de Arquitectura— fueron francos y dilectos amigos con quienes fraternicé en seguida; los acompañé en varias recorridas por la costa, hacia el Este y un poco al interior. Alguno de ellos —hoy arquitecto importante en Santiago— hizo una observación que me quedó prendida; era aguda y certera. Dijo así: *"Ustedes tienen una orografía femenina; la superficie de la tierra es suave, sin accidentes, cariciosa o acariciable; Chile es anguloso, de nervaduras restallantes; y violento, macho"* No entendí bien; pero hube de aceptar el tropo porque no era agresivo; por el contrario: quedaba sobreentendido un cierto asentimiento de halago.

Y llegó el día en que pude ir a Chile, país con el que me sentía ligado por muchos vínculos; incluso por la circunstancia de que mi primer libro, *"Vida de Florencio Sánchez"*, había sido publicado en Santiago hace casi treinta años. Sufrí la penuria de la pampa; gocé de los espléndidos atributos de una ciudad encantadora como Mendoza; ubiqué con orgullo el monumento que un uruguayo bastante olvidado por sus compatriotas —de Ferrari— había erigido en la cordillera, desafiándola; y una mañana, muy temprano, nos pusimos en camino, ocupando un auto, hacia el país alargado de nuestro hemisferio. Entre la madrugada y la tarde aconteció el encuentro con la masa andina.

He aconsejado, desde entonces, que se tiente, en lo posible, tal experiencia. Pues es distinta y más imperiosa que toda otra. El tren acerca al paisaje y se entra en la montaña por múltiples túneles. Pero en el auto hay un obligado tuteo con la geografía insólita, abrumadora, tremenda, que corta el habla y se mete hondo. Sigo admirando la pericia del chofer innominado que nos condujo por el camino que bordea precipicios, que se extiende por lo alto, seco, rocoso, duro, acuciante, que se altera con vueltas y revueltas y proporciona, siempre, el hallazgo súbito con un picacho cubierto de nieve, con alguna tremenda aglomeración montuosa y toda la variedad de lo abrupto, radicalmente imposible. Las dos compañeras que completaban las plazas del vehículo —madre e hija, también sin apelativo ahora— habían hecho el cruce



. . la violencia tremenda de lo no cultivado, de lo virgen auténticamente real; que no se exhibe, que está". . .



Ante la mole del Tronador, la bandera chilena anuncia cordialmente el cruce de la frontera.



En el Sur de Chile, las Sierras de Santo Domingo y los saltos del río Petrohué, de aguas color turquesa, componen una viñeta inolvidable.

El Ande

la rebeldía geográfica de Nuestra América



En ocasiones el paisaje andino ofrece sorpresas como esta del Cajón del Maipo, al pie del volcán del mismo nombre.

varias veces; nos adelantaron los riesgos del apunamiento y la conveniencia de comer cebolla para anular o contrarrestar los efectos de la altura. También nos indicaban los accidentes acumulados durante años, nos auguraban peligros ciertos; y rezaban.

Amanecía apenas, — el gris comenzaba a atenuarse — en el alto de Uspallata; un desierto de piedra a cuatro mil metros de altura, donde la velocidad era posible y el aire estaba enrarecido. Entre oraciones musitadas, cabeceaban, con sueño, las compañeras. Nosotros — pobres uruguayos de tierra femenina — nos nutríamos, en cambio, muy abiertos los ojos, de aquel aire más liviano, de aquellos tonos azulencos que se empezaban a rasgar con rojos y naranjas o amarillos en las zonas más altas de los picachos enhiestos, ubicados fieramente, como monolitos atentos, orgullosamente audaces. Temblábamos. ¿Era frío? Me temo que no. Pero sé que no era miedo. Estábamos en el mundo del que no se habla y que, por tanto, no existe: y era verdad

Yo sabía de grandes montañas; sabía de alpinismo y conocía fotografías de volcanes. Pero, ahora, ubicaba en el recorrido, algunos de éstos; o ciertas cumbres nombradas en la clase de geografía; era la instancia de vivirlos; de estar cerca o de hollar sus senderos difíciles. Tenían la violencia tremenda de lo no cultivado, de lo virgen auténticamente real; que no se exhibe, que está; que no se compone o adereza para la buena fotografía, que no pesa; que nos da cuenta de su majeza, de su grandiosidad sin atenuantes, de su potencia tumultuosa pero quieta y brutal, primitiva. Luego habría de saber que, pasada la altura, por razones climáticas, la sequedad tosca, la condición inhóspita, agresiva, de aquella orografía vertebral de América Hispana cambiaría; y que aparecería el verde. También pude descansar en albergues de andinistas, en centros de esquiar, bien organizados, confortables. Pero los ocupé el tiempo justo de tomar un tentempié; salía en seguida al frío cortante, a comprobar que no había horizonte, a sentir bajo mis pies la dura materia cordillerana.

No; difícilmente tendría oportunidad de allegarme a lugares comparables. Desconozco el Himalaya; y quisiera llegar hasta el Tibet; pero especialmente porque allí lo irracional lo ajeno a Occidente, se hace más notorio y es más rico; porque la magia lo perfuma. Pero no extrañe a nadie que haya olvidado de admirarme de las montañas de Suiza; me parecieron domesticadas, propicias al turismo, predispuestas al acogimiento mercable. Y que después de recorrer e internarme en las grandes extensiones boscosas del sur chileno y de navegar por los lagos — azul, verde, blanco — de la misma zona, ni las extensiones forestales de Escandinavia ni ningún otro lago en el mundo que conozco haya dejado huella en mi ánimo. Porque el Ande es rico; y se puede descubrir.

Cuando señalo su riqueza no aludo a lo que guarda como testimonio de culturas precortesianas; tampoco a los restos incalificables que sólo conozco por fotografías, relatos y algún documental cinematográfico. Entiendo esa riqueza de otro modo: la de su variedad, que es de vegetación y de piedra, de agua y de hielo, de diseño y modelado, de color y contrastes. Y que sabe del peligro imprevisto, no atendible. Porque me consta hasta dónde atravesarlos constituye riesgo latente; y peripecia; que el placer es doloroso y el goce anima en la misma medida en la que se sortea y otorga triunfos; uno se siente sobrevivir; llegar más allá de lo normativo. Admito la espléndida organización turística de los suizos que disponen cada tantos kilómetros y anuncian permanentemente en la montaña, puestos de socorro y teléfonos para llamar auxilio. Pero me siento pleno de orgullo porque el peligro exista, comprobado y que todo quede librado a la aventura del hombre que, por largo tiempo, está solo o con un grupo con el que comparte el destino incierto.

Otra vez, más tarde, vi esos mismos Andes, sin monumentos, sin ruinas, como geografía violenta, desde los aires. Hube de atravesar la cordillera, mientras, pese a la luminosidad ambiente, se desencadenaba una tormenta de viento. De ese viento, que es otro, por más fuerte, por su ensañamiento, porque juega con las máquinas y los individuos y los destruye o perdona. El avión intentaba adelantar en el camino trazado; pero se movía rumbeando, como quien busca la senda por el espacio abierto; o como quien sigue aquella que le trazan las potencias del aire. El aparato — no tan potente al fin — subía o bajaba; al alzarse, lo hacía con zumbido fuerte de motores; de pronto caía; abajo se disponían las crestas afiladas, las hondonadas tremendas, los picachos coloreados. Si algo fallaba no había manera de salvarse. En ninguna parte se daba la oportunidad del aterrizaje; y si se diera ¿cómo alcanzarnos? Yo, por mi parte, sabía que aquella montaña lejana era colosal en cercanía; que engañaba la distancia al mostrarnos una especie de modelo reducido de la verdad rispida, implacable. Pero como en la otra circunstancia, no sentí miedo. ¿Por qué? ¿Miedo a qué? Si alguien se atreve a hollarlo, si alguien quiere pasar esa frontera natural ha de atenerse a las consecuencias y bien saber que se está en las manos de la montaña. Es otra magia; sin duda distinta a la del Tibet añorado; más antigua y feroz; más apasionante. Esta ferocidad natural esconde, también, su mitología.

Arq. F. García Esteban

(Especial para EL DIA)

(Fotografías de Amalia Pírez de Medina Robaina)



El altar mayor, de estilo barroco-plateresco colonia

YAGUARON

un tesoro del Barroco Colonial en la Cuenca del Plata

EN la cuenca del Plata fueron los jesuítas quienes ejercieron mayor influencia en la civilización de los nativos, pero indudablemente no fueron artistas. Esa es la razón por la cual desde el río Paraná hacia el Sur, no se encuentra una sola obra de arte colonial.

El Paraguay tuvo la fortuna de que se afincaran en sus tierras los frailes de la orden de San Francisco. Fueron éstos los que trajeron el Arte a estas tierras.

Aunque los franciscanos llegaron con posterioridad a los jesuítas, a mediados del siglo XVII ya había en tierras paraguayas más de dos mil frailes, en cerca de trescientos conventos. Estas comunidades se establecieron en Asunción y en los pequeños pueblos de sus alrededores, como ser Piribebuy, Ybitemí, Tobatí y especialmente en Capiatá y en Yaguarón. Fue en estas dos localidades donde dejaron las más hermosas huellas de su Arte. Si bien en todos estos pueblos se encuentran tallas en madera policromadas de ese momento, es indudable que a la labor de frailes de mayor enjundia artística se deben las más grandes obras. Tal vez algunos de estos Artistas fueron los que con mayor visión enseñaron a los nativos la forma de construir estos templos que son la admiración actual.

Valiéndose de los escasos medios que disponían levantaron edificios de medidas descomunales, para la época. Luego, siempre en el campo de las conjeturas, pensaron en su decoración y cuando vino un fraile de Europa con conocimientos de escultura, comenzó la labor para su alhajamiento. Enseñó, no sólo a los frailes que mostraban mayores aptitudes, sino también a nativos que demostraban sentido artístico. Así habría comenzado la labor de la decoración interior.

Los guaraníes eran un pueblo pacífico y sedentario. Ya conocían maderas que destilaban colores muy firmes. Los utilizaban para teñir sus mantas y objetos de uso cotidiano. Sabían que del ñandypá se podía extraer el negro, del urucú el rojo, del yrybú-retyma el verde y el amarillo del ysypó-yú. Con estas anilinas vegetales aportaron los colores para la decoración policroma de las imágenes que los frailes les enseñaban a tallar. Ellos mismos indicaban cuáles eran las maderas más aptas para estos trabajos artísticos. Maderas de fibras compactas y a la vez suficientemente blandas como para que herramientas primitivas pudieran hendirlas hasta darle la forma deseada.

Esta conjunción de esfuerzos entre los pacientes frailes franciscanos y los industriosos guaraníes, dio sus frutos en los templos de Capiatá y Yaguarón. De estas dos obras de arquitectura colonial, la más importante y más rica es la de Yaguarón.

Una construcción tipo "rancho" a dos aguas, con ocho filas de columnas de madera de urunday, en treinta metros de ancho por setenta de largo, forman las tres naves del templo.

La primera fila de columnas —comenzando por afuera— forma la galería abierta al exterior. Entre la segunda y tercer fila de columnas está construída la gran pared de adobe y tierra colorada, que en algunos lugares sobrepasa los dos metros y medio de espesor. La tercer fila de columnas, adosadas al muro, son visibles en el interior. Entre esta tercer fila y la cuarta corren las naves laterales y entre las dos filas del medio, se abre la gran nave central.

La decoración interior, salvo la de los altares, está realizada con maderas recortadas en forma plana, y decoradas en brillantes colores. La trabazón interior, a la vista, es usada para sostener las tablillas que cubren el interior del techo, pintadas con cuatro motivos diferentes que se repiten alternadamente en forma de mosaico.

A su vez las columnas, que son de sección rectangular, están adornadas con molduras sobrepuestas para indicar el capitel, la basa, la cornisa, y el zócalo que son falsos, todo en varios colores.

Al fondo de la nave central está el altar mayor apoyado en una pared plana, sin el clásico ábside semicircular. Pero en este lugar, el techo está cubierto por un cielorraso en forma de medio-punto, construído con cañas curvadas, entre las cuales están sujetas tablillas decoradas con complejos arabescos, también en forma de mosaico.

El altar mayor es un típico ejemplo del barroco-plateresco colonial.

Está todo tallado en madera y decorado con oro, verde y rojo.

Al centro, en la hornacina principal, una imagen de la Inmaculada Concepción. Esta talla en madera policromada, tiene todas las características de la imaginería colonial: cierto hieratismo en su expresión, con carita de muñeca, representa el tipo de mujer fuerte americana, con los cabellos sueltos y caídos sobre la espalda, apoyada sobre una nube con volutas, de la que emergen cuatro cabecitas de querubines y una luna nueva con los cuernos hacia arriba. El total, si bien no es una figura espiritualizada, nos da una imagen ingenua y sencilla no desprovista de encanto.

En las hornacinas laterales del altar mayor, a un lado San Buenaventura y al otro San Miguel Arcán-





2



4



3

Vista exterior de la iglesia de Yaguarón, donde se puede apreciar su construcción tipo "rancho" con ocho filas de columnas.

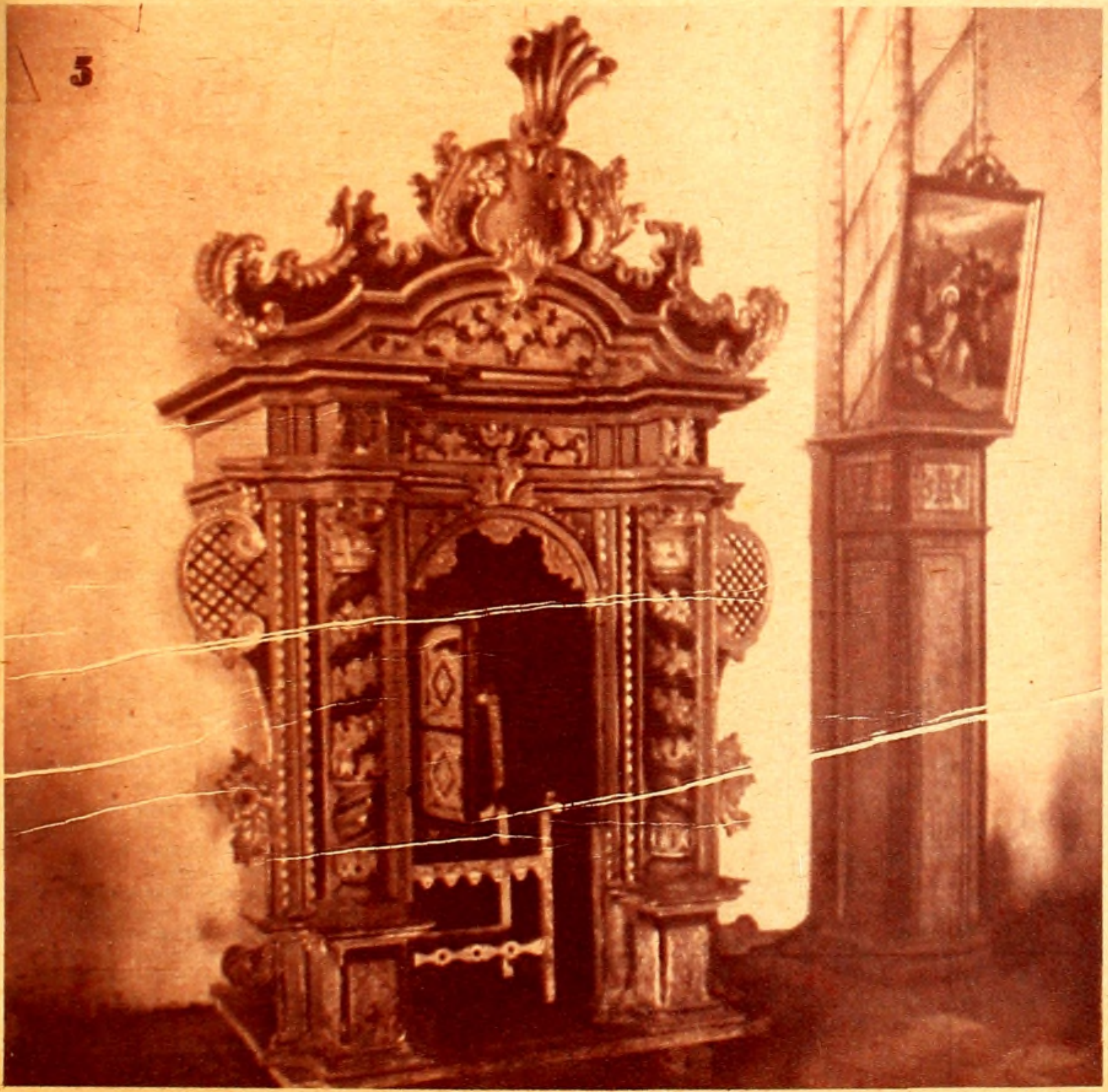
El cielorraso del altar mayor sostenido por cañas curvadas y tablillas decoradas con arabescos en forma de mosaico.

Angulo del coro y las columnas que lo sostienen en forma independiente de la estructura general.

Toma lateral donde se puede apreciar el artesonado y decoración del techo.

Confesonario totalmente decorado con ornamentos esculpidos en madera y planos pintados, todo policromado en oro, verde y rojo.

5



gel que apoya su pie sobre un Lucifer más sufriente que demoníaco, de una ingenuidad encantadora.

El altar mayor está coronado por la imagen de Dios Padre, cuyas facciones nos recuerda las de los indígenas paraguayos, con ojos ligeramente oblicuos, pero con una abundante barba enrulada que le da un extraño aspecto oriental.

Todo está adornado con rayos flamígeros y volutas. Cabezas de querubines, que nos recuerdan a los rostros de los niños que se ven jugando por las calles. Angeles; algunos que semejan enormes matronas bien sentadas, aunque en endebles capiteles. Columnas en espiral adornadas con guirnaldas de hojas, frutos y flores, y otras columnas absurdamente curvadas con capiteles jónicos. Todo está profusamente decorado y en donde no hay una corniza o una voluta esculpida, hay un plano pintado en policromía. Todo resplandeciente de oro y colores vivos que recuerda un estilo churrigueresco, pero ingenuo y primitivo.

Es digno de mención el confesionario que está también profusamente decorado con algunas tallas en madera policromadas y dibujos en planos adornados con filigranas de colores vivos. Como detalle insólito, señalaremos que los brazos del sillón terminan en cabezas de mono, lo mismo que las sillas arzobispales.

Toda esta construcción en forma de "rancho" es un ejemplo de arquitectura y decoración primitivo-colonial, con la belleza y sencillez del arte primitivo, de los cuales, en la cuenca del Plata, casi podríamos decir, que es único ejemplo.

Por todas estas descripciones es difícil formarse una idea cabal de la belleza del conjunto de esta Iglesia. Es una obra digna de ser visitada. Nos trae a nuestra imaginación los momentos del coloniaje, de la evangelización de los nativos, del trabajo de adaptar a la civilización a esos pacíficos e ingenuos habitantes de estas tierras. Donde ellos pusieron al servicio de las obras, no sólo sus conocimientos empíricos de las anilinas y las maderas, sino también su talento y su visión ingenua de la naturaleza. La generosa tierra paraguaya puso su exuberante colorido y los frailecitos su vocación educativa y su gran amor al prójimo.

La suma de todos estos elementos aportados dio una obra que, en detalles muchas veces nos hace sonreir. Pero el total nos muestra algo típicamente americano. Una obra que para los escasísimos medios con que se contaba, puede calificarse de monumental: la Iglesia de Yaguarón.

R. Morassi Olondriz

(Fotografías del autor)

BOLIVAR

EN La Coruña, el precioso puerto gallego, a muy pocos metros de la nueva avenida de Alfonso de Medina, hay un lugar conocido por el toponímico de Peñarredonda, llamado así por una gran piedra esferoidal que señala el lugar.

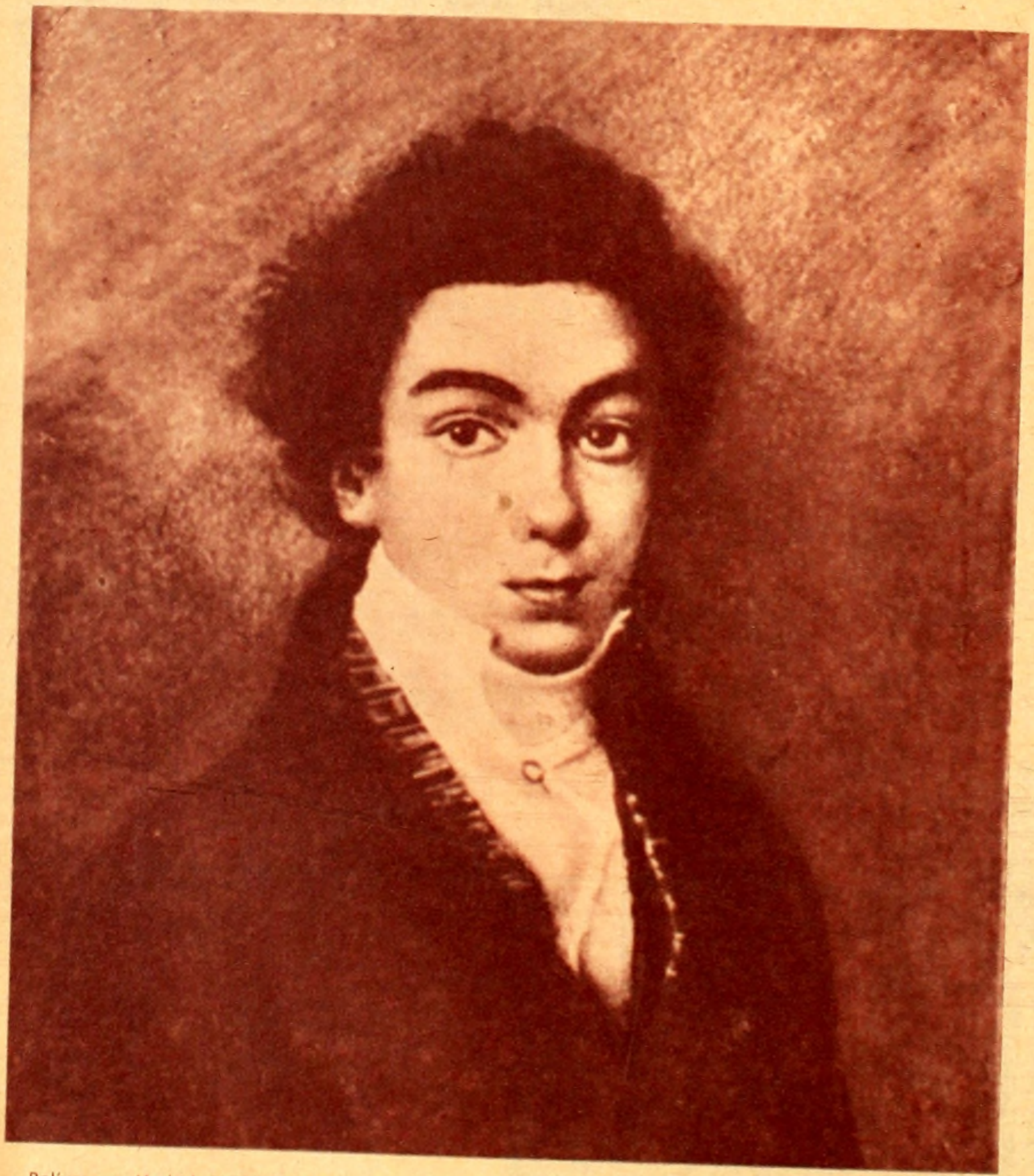
Cerca están la ría del Pasaje (¡oh rías de Galicia, ensoñadoras, llenas de "morriña" y de bruma!) y la playa de Santa Cristina, nuevo sitio turístico de la costa cantábrica de España.

Allí, en Peñarredonda, a escasos cinco minutos del centro comercial de La Coruña, se alza una vieja casa vencida por los años. Una casa como tantas que el viajero ve en España, muy siglo XVI, con sus bajos techos de la teja de barro, sus contrafuertes de piedra, sus pequeñas ventanas y la obligada carreta en su amplio patio.

Para que el lector se dé una idea de esta mansión, vea como la describe un memorial de bienes escrito en 1845 (hace más de un siglo):

"**Parroquia de San Vicente de Elviña.** La casa principal de quinta, sita en el lugar de Peñarredonda, con sus oficinas, corralón, dos bodegas en esta para ganados, cuadras, palomar órreo y más perteneciente. La granja que se halla adherente y confinante por Levante, Vendaval y Poniente, todo cerrado sobre sí, y compuesta de diferentes plantas de huerta, viñedo, emparrado, prado con varios árboles fructíferos de diferentes cualidades, con un retazo de pinar a la inmediación del estanque y el bosque con otros dos plantíos. El jardín cerrado sobre sí, con su puerta de entrada; la heredad que llaman Huerta de Abajo y prado regadío con su agua, de sembradura, todo, más de ochenta ferrados, medida de trigo. El pinar que se halla más arriba de la propia casa, con su mato adherente. Otro mato que está unido al mismo pinar por el lado de Levante, con varios castaños sembradura, uno y otro, más de veinte y ocho ferrados de la de centeno. Una casa terreña unida a la principal referida de la quinta, en que el presente vive José Gaitán, a la parte del Poniente, a una sola agua...!" (la ortografía es original).

Así, más o menos, era la casona de nuestra historia cuando llegó el Libertador para visitar a un hermano de doña María Teresa del Toro, con quien iba a casarse. Poco después, Bolívar embarcó en La Coruña, rumbo a la América de sus sueños. Y en esta casona ,a comienzos del siglo XVII, tenían su hogar señorial don Marcos Jaspe, receptor de la Real Audiencia, y doña Inés de Montenegro, entroncada con una de las más rancias familias gallegas.



Bolívar en Madrid (1799-1802)

¿Por qué —se preguntará el lector— se habla con tanto entusiasmo y dedicación de una de las muchas viejas casas que hay en España? La respuesta es muy clara: un historiador peninsular, don Francisco Vales Villamarín, secretario de la Real Academia Gallega, ha descubierto que de allí parte la ascendencia galaica de Bolívar. Veamos por qué:

El 25 de mayo de 1653 contrajeron matrimonio en la iglesita romántica de San Vicente de Elviña doña María Jaspe Montenegro y don Jacinto de Ponte y Andrade; de esta unión nació don Pedro de Ponte Andrade Jaspe y Montenegro, quien se casó en Caracas con doña Josefa Marín de Narváez, de quien descienden seis hijos, uno de ellos doña María Petronila. Esta se desposó con el magnate don Juan de Bolívar y Villegas, quien en 1710 fue alcalde de Caracas y teniente general de gobernador en la Capitanía de Venezuela. De dicha unión procede don Juan Vicente Bolívar y Ponte, nacido en La Victoria en 1726, quien en su testamento se titulaba: "Coronel del Batallón de Milicias de Blancos Voluntarios de los Valles de Aragua y Comandante de Su Majestad de la Compañía de Volantes del río del Yaracuy". Del hogar de don Juan Vicente y de doña María de la Concepción de Palacios y Blanco nació —como todos sabemos— Simón Bolívar.

En Peñarredonda, sitio cercano a La Coruña, está, pues, el solar de los antepasados del Libertador. Este descubrimiento del ilustre escritor gallego Vales Villamarín tiene una resonancia histórica y sentimental sin precedentes. Todos sabíamos que el genio de la emancipación tenía ascendencia gallega. Madariaga —en su controvertida y a ratos inexacta biografía— dice que ese temperamento melancólico, esos ataques de "morriña" del Libertador, denuncian a las claras su entronque galaico. Oigámoslo:

«Su tendencia a "los pensamientos tristes e ideas sombrías" se manifiesta en todos los retratos de Bolívar menos los de su primera juventud. El trasfondo de los ojos es triste aun cuando el resto de su rostro, tal y como lo ha captado el artista, respire alarde o seguridad de sí mismo, pues en cuanto al buen humor no se ve por ninguna parte, al menos, en los retratos plásticos. Algunos de sus biógrafos y diaristas nos lo pintan alegre y decidor de cuando en cuando. De ser así parece como que la tristeza hubiera sido en él estado natural en que recaía al volver al silencio y a la soledad. Y no es tristeza abstracta y general, sino un estado de ánimo con raíces. A todo gallego le recordará en seguida esta tristeza de Bolívar la morriña que los naturales de Galicia dan de sí en cuanto se alejan de la tierra natal. La fascinación del apellido paterno de Bolívar ha desviado a los biógrafos hacia Vizcaya: pero sus rasgos fisonómicos son característicos del gallego. La rama que en él triunfa, al menos en las capas más hondas de su ser, es la de aquellos Pontes y Jaspes de Montenegro que procedían de La Coruña. En cuanto le dejaban en paz se entristecía y le entrañaba la morriña...».

Todos estos datos los he obtenido gracias al fervor bolivariano del Cónsul de Colombia en La Coruña, don Jorge González Villaverde, quien los ha traído a Colombia en reciente viaje, en forma de varios documentos con la firma del citado historiador coruñés don Francisco Vales Villamarín. Este los avala con su firma y —más aún— se halla empeñado actualmente en escribir un libro en el cual corroborará, con documentos irrebatibles, su descubrimiento del solar nativo de los antepasados gallegos de nuestro Libertador y Padre.

En uno de sus escritos, Vales Villamarín afirma que marchan por buen camino las gestiones que él viene realizando ante los organismos oficiales de España, tendientes a que aquella mansión, por algún terreno colindante, sea declarada Monumento Nacional por el Gobierno de su país. Agrega que, conseguido esto, se procederá a la constitución de un patronato que se encargue de acopiar medios económicos para la adquisición de la finca, y que acometa su restauración y embellecimiento, conservando su estilo y respetando su esplendoroso pasado.

La idea del historiador gallego va más allá: una vez adquirida la casa, instalar en ella un museo boli-

y su ascendencia gallega



No solamente por sus antecedentes familiares entronca Bolívar con España: también le atan los vínculos afectivos, por su boda con Teresa Toro. ("El matrimonio de Bolívar", óleo de Tito Salas)

variano como homenaje a la figura del Libertador, "gloria de la raza" —como él mismo lo llama— y erigir en la zona adyacente una residencia para los estudiantes españoles y extranjeros, dotada de los elementos necesarios para el estudio e investigación del Nuevo Mundo, y en especial del genio americano.

He aquí, por fin, que nuestro Libertador es tan gallego, como vasco. Esa unión de dos provincias relativamente cercanas y tan disímiles conformó el carácter de Bolívar, su dispar personalidad (genio al fin). De Vizcaya con su férreo carácter, su firmeza ante la adversidad, su capacidad para afrontar sufrimientos y reveses. De Galicia son su temperamento romántico, sus arrebatos de tristeza y de melancolía ("morriña", para decirlo con la dulce palabra gallega), su mirada a veces vaga y brumosa como las rías de aquella lluviosa provincia española.

Don Francisco Vales Villamarín y don Jorge González Villaverde, ambos españoles, están empeñados en rescatar para la posteridad la casa solariega de los Jaspe y Montenegro, ascendientes directos del Padre de América. España siempre ha proclamado a Bolívar como su hijo: la guerra de la Independencia Americana, para la Madre Patria, fue una guerra civil, una contienda entre hermanos. Bolívar pues, es tan español como americano. Vale decir, se lo disputan cordialmente dos continentes.

Que España ama al Libertador; que su actitud ante él no es la de los pocos historiadores que enfocan a Bolívar como un enemigo de lo hispánico y concretamente de la tierra de sus mayores; que la Madre Patria, en fin, no es **antibolivariana** lo comprueban infinidad de documentos y actitudes de sus hijos; y nos lo corrobora de manera definitiva y hasta conmovedora la empresa en que están empeñados Vales Villamarín y González Villaverde en homenaje a la memoria del genio de la raza.

Es apenas natural que nosotros, los **colombianos**, nos unamos a esa cruzada en pro de la **restauración** del hogar de los antecesores de Simón **Bolívar**, el que debemos convertir —españoles y americanos— en un altar de la patria común: La Hispanidad.

Oscar Echeverri Mejía

(Especial para EL DIA)

EL PRIMER REY AMERICANO

En 1560 fue proclamado rey don Fernando de Guzmán en las selvas amazónicas. Así tuvimos nuestro primer monarca. Aunque el acto de la coronación se reservó para la época en que regresaran a Lima, le dieron el título de Excelencia, y don Fernando se sintió rey del mayor imperio que hasta allí se había visto en el mundo. "Comenzó a proceder —dice fray Pedro Simón— con mayor gravedad y severidad, como a su parecer convenía a persona que en pocos días pretendía tan gran investidura, con que ordenó que su casa, servicio y criados de ella correspondiesen a las de los otros príncipes, para lo cual nombró maestresala, mayordomo mayor, trinchante, pajes, gentileshombres, que siempre le acompañaban en su palacio". El palacio era un bohío hecho por los indios en una isla del Amazonas, ocupada por los expedicionarios de don Pedro de Ursúa.

*

La idea de esta extraña monarquía nació de la imaginación de Lope de Aguirre, que era fabulosa. En casa del rey Fernando se habían reunido pocos días antes él y sus compañeros para determinar el asesinato de don Pedro de Ursúa. Hermosamente comienza la historia fray Pedro con estas palabras: "Llegóse la noche (capa de pecadores) y juntáronse los de la gavilla en casa de don Fernando". Era el día de la Circuncisión. Los conspiradores salieron con todo sigilo y llegaron al bohío en donde Ursúa, echado en su hamaca, conversaba con un pajecillo. Eran las dos de la madrugada. Ursúa, al ver el tropel, trató de incorporarse para tomar espada y rodela. Preguntó: "¿Qué buscan por acá los caballeros?" La respuesta fue darle sendas estocadas. Salieron del bohío los conjurados gritando a todo pecho: "¡Libertad! ¡Libertad! ¡Viva el Rey! ¡Muerto es el Tirano!"

mirador

Había que poner en orden las cosas del estado. Entre los asesinos se repartieron los oficios. Se llamó al escribano para que todos firmaran el acta de independencia. La tienda del toldo de oro era el sol tropical. Animales heráldicos, arañas y lagartijas y escorpiones. Alfombras, la tierra cruda. Se afilaron las plumas y Dios sabe en qué papel se fueron estampando las firmas. Cuando le llegó el turno, el vasco diabólico escribió con toda firmeza: "Lope de Aguirre, traidor". Los presentes enmudecieron. Lope les miró con desprecio y altivez. "Caballeros —les dijo—, ¿qué locura y vanidad es esta? Habiendo muerto a un gobernador del Rey, que representaba su propia persona y traía todos sus poderes, con papeles hechos por nosotros ¿nos podemos librar de culpa? Todos matamos al gobernador y nos hemos holgado de ello. Todos hemos sido traidores..." Con estas palabras murió ese día en el infierno verde del Amazonas la soberanía del rey de España. Y quedó brillando al fondo el reino del Perú para los alzados. Si encontramos —agregó don Lope— una tierra adelante, más rica que el Perú, más poblada que la Nueva España, ¿vamos a entregarla al primer bachiller y letradillo que nos envíe el rey de España? Eso, jamás!

*

A pocos días, Lope dio el toque final a su discurso. "Debemos —dijo— resistir y sujetar al Perú y a todas las Indias occidentales, y como es justo que pertenezca el señorío al que las sujetare y llevamos nosotros para este efecto a don Fernando será necesario que en llegando al Perú le demos la corona de Rey que tan ajustada le viene a su cabeza. Y porque no se pongan dilaciones en cosa tan importante digo que me desnaturalizo desde luego de los reinos de España y niego a don Felipe ser mi rey y señor. Antes, usando totalmente de mi libertad, elijo desde luego por mi príncipe, Rey y señor natural a don Fernando de Guzmán".

Amén. Todos fueron —orgullosamente traidores— a prestar obediencia al rey Fernando. Le besaron la mano... Y continuó el trabajo de reparar los bergantines en los astilleros reales. Por las noches se hacían juntas y, como en las grandes monarquías, se decretaban muertes. En una de ellas se determinó matar al rey. Sería el primer regicidio después de la muerte que se les dio a Atahualpa, a Moctezuma...

Como en la noche en que sacaron de este mundo a Pedro de Ursúa, salieron los conjurados de su rancho y se encaminaron al de don Fernando, en gran sigilo. El rey estaba en su cama. Se levantó en camisa, y al ver a Lope de Aguirre le dijo: ¿Qué es esto, padre mío? Nada, hijo. Y lo despacharon... "Tenía —dice fray Pedro— cuando le mataron, escasos veintiséis años, era de buena estatura, bien formado de cuerpo, fornido de miembros, algo gentilhombre, de buen rostro, la barba bien puesta..."

Germán Arciniegas

(Exclusivo para EL DIA)

MAS de una vez, ante mi propio asombro, me he preguntado:

—¿De veras? ¿Cuatro meses estuve en ese paraíso infernal?

Y he evocado diversos aspectos del mundo amazónico. Y he pensado: ¿Es posible que después de haber estado en ese mundo, haya llamado ríos a todo lo que los geógrafos denominan ríos? ¿Y selvas a todo lo que la gente llama selvas?

Recuerdo mi choza de hojas de palma de mirity, junto al Gran Río, cuando el día luchaba por dar su luz.

Yo veía en la arena las huellas del pecarí, del jacaré, del tatuy, del tamanduá.

Y, sobre todo, pájaros en el aire, pájaros en las ramas. Algunos, rozando con sus alas la pureza del agua.

Y mi alma, como recién nacida. Y mi corazón, como uno de esos pájaros amazónicos, cantando la alegría de despertar, la alegría de vivir.

¡Ah, río inverosímil, terriblemente grande, el de millones de florestas, el de millonaria esplendidez!

Guaracy es el nombre del sol amazónico. Lo he visto a veces coronado por sus rayos luminosísimos. Parecía un cacique con su cabeza empenachada de plumas amarillas. Y he pensado que él es el gran



Río de las AMAZONAS

señor de estas regiones. Sí, él, que a veces, en la canoa de una nube, navega majestuoso por el gran Amazonas del cielo. El, que lucha con sus rayos en las selvas intrincadas, inexpugnables, colgando en sus irondas, flores y frutos que rutilan. El, que acaricia con sus manos de luz a todos los hijos de la floresta.

¡Sol del Amazonas, que al atardecer te tiendes en el ocaso como en una de esas hamacas regionales, de barandas adornadas de plumas multicolores de tucanos, garzas, loros y mutums! Y mientras tú descansas, la tierra bebe el vino violáceo de la noche. Pero más tarde, en el arco del horizonte pone el alba una flecha luminosa. Y tú, infatigable cazador, continúas en tu cacería de belleza, de fuerza, de alborozo.

Y también te evoco, luna del Amazonas, melancólica Yacy que oyes tantos gemidos de la selva llena acechanzas, de la selva que en la noche despierta de su sopor. Y se hace trágica, entre aullidos, voces misteriosas y carcajadas de pájaros invisibles.

Cuando bogas en las aguas de un canal amazónico, la luna parece una blanca canoa.

Si la veo reflejada en otro riacho, es como una gran Victoria Regia.

Y si duerme junto a los bambúes, ¿no es la más hermosa garza?

Y en el gran Amazonas, cuando tiembla, ¿no se diría que está surgiendo la Yara, la sirena de estos lugares?

Y alargando su fulgor en los árboles centenarios, ¿no es la más inalcanzable de las orquídeas?

Y si alzo los ojos y la contemplo en la selva azul del cielo, ¿no es Yacy a manera de una ninfa ecuatorial bañándose en una cascada de estrellas?

Abajo, entre los árboles, continúa la gran lucha nocturna por la vida. Porque la belleza de las formas y de los colores son a manera de trampas. Y la noche se llena de gritos, de pláticas, de pedidos de auxilio, de muertes. Así es este infierno paradisíaco.

Y él será, sin embargo, refugio humano del porvenir.

Las palabras de Humboldt parecen estar escritas en los troncos de estos árboles, de estas ciudades de árboles: "Amazonas, serás, en un futuro no lejano, un centro de cultura y el granero del mundo".

Estos árboles, estas ciudades de árboles: acapú, andiroba, jutahy, cumarú, sumaumeira, árbol del caucho, árbol del pan, árbol del agua, de la seda, del papel, de la leche... Y docenas y docenas de especies de abejas fabricando su néctar. Y pájaros que alzan un arco-iris de música sobre seiscientas variedades de palmeras que dan cera, marfil, vino, aceite, en un constante ofrendar.

¡Ah, Amazonas, pero tú bien sabes que toda belleza es inútil y que inútil es toda riqueza cuando no está alegrada por la presencia humana!

Como un afluente de lágrimas se acercará a ti la humanidad desamparada. Vendrá a buscar en tus infinitas soledades verdes, redención a su angustia, agua a su sed, pan a su hambre.

Y tú la recibirás, Amazonas, abriéndoles tus brazos llenos de dones. Y les darás, no sólo el pan, sino también la fe en la nueva vida. Encenderás el cromatismo de tus panoramas, afinarás la flauta de tus pájaros, harás más bueno el sabor de tus ríos oceánicos. Y en ti será la fiesta de fraternidad: hermano el indio, el blanco europeo, el negro africano, el amarillo asiático.

En este corazón de un Continente, el gran río es el crisol.

Las palabras de Humboldt siguen grabadas en las hojas y los troncos de estos árboles, de estas ciudades de árboles.

Gastón Figueira
(Especial para EL DIA)




TARZAN
M.R.
POR EDGAR RICE BURROUGHS
TARZÁN FRUSTRÓ LA EMBOSCADA, QUE COSTO CARA AL ENEMIGO...
UHHH
SÓLO QUIERO QUE ME PRESTES TU CABALLO...
DA GRACIAS A ALÁ DE QUE AÚN TENGAS VIDA...
JOHN CELARDO
¡QUIZÁS COMETÍ UN ERROR!
¡MORIRÁS, PERRO!
BANG!
6-11 1892
AQUÍ ARRIBA ESTOY MÁS SEGURO.
HASTA PODRÉ CAZAR EN PAZ... Y TENGO HAMBRE...
PERO CON ESOS CRIMINALES AQUÍ PUEDE QUE DEBA RETIRARME...
...Y PUEDE QUE NO.
UNA VÍCTIMA CONFUSA HUYÓ DEL PARAJE...
Y TARZÁN DECIDIÓ SEGUIRLA...
Tm. Reg. U. S. Pat. Off.—All rights reserved
©1967 by United Feature Syndicate, Inc.
LUEGO...
¡UF! TODO UN CAMPAMENTO DE ASESINOS.
¡TIENEN UN PRISIONERO! DE NUEVO ENTRARÉ EN ACCIÓN.